



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **Surgir de las cenizas**

AUTOR: *Eric Hobsbawm* [*]

SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

¿Cuál es el futuro del socialismo? Como historiador mi primer instinto, podría decir que mi deformación profesional, es preguntar: ¿cuál es su pasado y cómo afecta la situación presente y las posibilidades futuras? Y ésta es una aproximación plausible, porque la palabra, el concepto, el programa, las realizaciones del socialismo y de las políticas socialistas no son simples datos objetivos como, digamos, la situación de Londres sobre el Támesis frente a los Países Bajos, sino construcciones mentales. Son nombres, modelos, etiquetas que usamos para comprender [1] la situación en la cual la humanidad se ha encontrado desde la época de revolución de fines del XVIII y principios del XIX, los cuales damos a ciertos intentos humanos para mejorar y/o transformar la sociedad.

Inicialmente la palabra socialismo no fue política ni implicó ningún modo específico de organizar la sociedad, a diferencia de la palabra comunismo, más vieja, que desde el principio significó claramente una sociedad que estaría basada en la propiedad común más que en la propiedad privada y que sería administrada como tal. Y bastante pronto, desde Babeuf, significó un movimiento político para hacerla realidad. Socialismo y socialista fueron derivadas simplemente de la palabra social, y significaron poco más que el ser humano es por naturaleza un ser social y sociable. Sólo empezó a tener un sentido parecido al nuestro en los años 1830 cuando vino a formar parte del vocabulario social y político, esparciéndose desde Inglaterra y Francia. Desde luego el concepto ya había existido antes bajo otros nombres, aunque no por mucho tiempo: fue llamado 'cooperación' y 'cooperativo' en Inglaterra, o 'colectivo' o 'colectismo' en Francia -después 'colectivismo',- y conocido con nombres tales como 'mutualismo'. Tenemos que notar dos cosas acerca de él.

Primero, lo opuesto a 'socialismo' no fue todavía 'capitalismo' sino 'individualismo'. Lo que hizo anticapitalista al 'socialismo' fue simplemente que parecía suficientemente lógico, a principios del XIX, decir que el corazón de una sociedad individualista era la competencia, es decir el mercado, y en consecuencia la base de una sociedad social(ista) tenía que ser la cooperación o solidaridad. Eso dejaba un muy amplio rango de posibilidades. Cualquier cosa que fuera desde una tenue modificación al *laissez-faire* en interés de la seguridad social hasta colonias comunistas, enteramente sin propiedad privada o dinero, podía contar como 'socialismo'. En Inglaterra este sentido original del socialismo fue central hasta el fin del XIX y el ascenso de los movimientos obreros socialistas. De aquí que los fabianos pensaran que podían convertir el Partido Liberal al socialismo sin que nadie se diera cuenta.

Segundo, originalmente el socialismo no tenía implicaciones políticas (aquí de nuevo difirió del comunismo). Podía ser instituido por el Estado o por cualquier otra clase de

autoridad efectiva, pero principalmente podía ser establecido por comunidades voluntarias, lo que Bernard Shaw llamó 'el socialismo mediante la empresa privada'. Probablemente sea ésta, digamos de paso, la razón por la que había más socialismo -es decir, más colonias socialistas- en los Estados Unidos de los años 1840 que en ninguna otra parte en el mundo. De hecho, hasta la década de 1880 cuando la gente pensaba en el socialismo de la clase trabajadora pensaba el socialismo a través de asociaciones voluntarias, cooperativas y otras formas voluntarias de acción mutua y colectiva. Sólo cuando los movimientos obreros, siguiendo la misma tradición jacobina de democracia que los marxistas, emprendieron la vía de la acción política colectiva, el socialismo quedó vinculado a la conquista del poder del Estado. Naturalmente, el Estado entonces se convirtió en el elemento central en la construcción del socialismo.

Pero recordemos una cosa. El objeto de ese ejercicio no fue primariamente una vía particular de organizar la producción, distribución e intercambio. Fue, para citar a un inteligente anti-socialista de los años 1880, John Rae, "en el fondo una demanda por justicia social". Esta es la razón de que, a diferencia de los constructores de utopías para las colonias voluntarias, los nuevos partidos socialistas de la clase trabajadora y sus pensadores y escritores prestaran sorprendentemente poca atención a qué es lo que iban a hacer cuando estuvieran en el gobierno y en el poder antes de que estuvieran efectivamente ahí al final de la primera guerra. Los marxistas incluso hicieron del rechazo a pensar en el futuro una virtud. "El Partido Socialista", decía Kautsky dirigiéndose a la mayoría de ellos, "puede hacer proposiciones positivas sólo para el orden social existente. Las sugerencias que vayan más lejos no pueden tratar con hechos sino que deben proceder a partir de suposiciones: son por consecuencia fantasías y sueños" (La lucha de clases. Programa de Erfurt, Chicago 1910, p.215). El contenido real del socialismo hasta 1917-1918 era el capitalismo puesto cabeza abajo: lo que estaba mal ahora estaría bien entonces. Los detalles no importaban. Incluso la gente preocupada por los detalles, como los fabianos británicos, no consideró seriamente cómo trabajaría una economía socializada. Era evidente que tenía que funcionar mejor que el capitalismo.

Dio la casualidad de que, durante la mayor parte de la primera mitad del siglo XX, el mismo capitalismo pareció darles la razón a los socialistas. Entre 1914 y 1950 ó más, todo lo que pudiera imaginarse que estaría mal lo estuvo. Atravesó dos guerras mundiales y dos asaltos de revolución nacional y social que exterminaron, o en todo caso dictaron sentencia de muerte contra los grandes imperios coloniales, transfiriendo un tercio de la humanidad fuera del sistema capitalista. Los regímenes políticos típicos de la sociedad burguesa, las democracias liberales, fueron derrocadas por todo el mundo. Para 1940-41 apenas sobrevivían fuera de EU, en una franja de Europa y las Américas y en Australasia. Sobre todo, la economía capitalista estaba enferma y casi colapsada en la peor depresión que jamás haya sufrido, la única en la que realmente pareció que podría derrumbarse del todo. Cualquier tipo de socialismo tenía que ser mejor que eso. Nada es más obvio para nosotros hoy en día que la ineficiencia económica de la primitiva economía centralmente planificada por el Estado, la que reclamó ser socialismo en la Unión Soviética. Todavía hace 60 años, políticos e intelectuales no-comunistas hacían cola por boletos a Moscú para obtener los secretos de la "planificación" que aparentemente hizo a los Soviets inmunes a la depresión que estaba devastando sus propios países.

Los socialistas, por supuesto, habían sido forzados a dar alguna idea de lo que significaba el socialismo concretamente, algo más que sólo un eslogan; en 1917 los bolcheviques tomaron el poder y desde 1918 los partidos social-demócratas importantes llegaron a ser gobierno o a compartirlo, y entonces tuvieron que aplicar políticas reales. Pero no habiendo dado ninguna idea sistemática acerca de lo que querían, menos aún acerca de cómo debería ser una sociedad socialista, tuvieron que elaborar sus políticas a corto plazo o llevarlas a cabo bajo la presión de los problemas más inmediatos. En una palabra,

reaccionaron ante situaciones particulares. Y la mayoría de los problemas del socialismo presentes hoy provienen del hecho de que las políticas socialistas que fueron diseñadas para responder a una situación de crisis y derrumbe capitalista -aproximadamente de 1914 a 1950- ya no son apropiadas a la situación de fines del siglo XX. O mejor, que nunca hemos decidido qué es temporal y obsoleto en ellas y qué no lo es.

Dije 'socialismo' en singular. Pero después de 1917 debemos hablar de al menos dos diferentes ramas del socialismo, llamadas social democracia y sistema comunista soviético o de inspiración soviética, de las cuales una está colapsándose o se ha colapsado. Los sistemas soviéticos son los únicos que en realidad han proclamado haber establecido economías y sociedades completamente socialistas. Hasta donde llega mi conocimiento, ningún gobierno o partido social-democrático, por radical o antiguo que sea, ha hecho jamás tal proclama, y no está de más recordar que incluso la URSS no proclamó haber alcanzado el socialismo sino hasta 1936. Quizá debió haber esperado un poco más.

El socialismo de tipo soviético fue esencialmente dominado por las condiciones bajo las cuales se encontraron los soviets después de la revolución de Octubre: un país muy pobre y espectacularmente atrasado, cuya única tradición política era la autocracia, que carecía de todas las condiciones conocidas para el socialismo, totalmente aislado y bajo constante amenaza. El rápido desarrollo económico y tecnológico fue la obvia prioridad superior. El bolchevismo se convirtió en una ideología del rápido desarrollo económico para países en los cuales las condiciones del desarrollo capitalista no existen, y por un tiempo fue tan exitoso que suministró un modelo económico para muchos países del Tercer Mundo como India, incluso para aquellos que no tenían ninguna simpatía por su implacable dictadura. Operó esencialmente como una economía de guerra, en la cual ciertas prioridades son aceptadas como la necesidad de ganar la guerra sin importar los costos o bien, donde los otros objetivos están subordinados al principal. Aun cuando la economía de mando centralizado, en el mejor de los casos, fue un instrumento bastante improvisado y enormemente derrochador, se apuntó algunas conquistas muy impresionantes. Mientras el capitalismo estaba fracasando, esas conquistas parecieron aún más impresionantes de lo que realmente eran. Lo que la economía soviética no podía hacer, conforme se volvió hacia fuera, fue mantener el paso del capitalismo una vez que, después de los cincuenta, este sistema volvió a funcionar a máxima velocidad. En términos de la vida ordinaria de la gente, podía suministrar los requerimientos básicos para la vida -alimento, habitación y vestido- y desocupación a un muy bajo nivel, pero nada más. Por otro lado, fue mejor que el capitalismo para proveer educación masiva y (hasta que la economía detuvo su crecimiento en los años setenta y ochenta) fue mucho mejor que otros países del Tercer Mundo en proveer salud y asistencia.

La comparación con una economía de guerra no es casual. Porque el único modelo real de política pública que tenían los socialistas, quienes nunca antes habían pensado en qué hacer en el poder o en el gobierno, fue una economía de guerra, empezando con aquella que se practicó en la Primera Guerra Mundial. Esto se aplica no sólo a los bolcheviques sino también a los socialdemócratas occidentales, en todos los casos en los países beligerantes. Porque una economía de guerra requirió planificación, la administración u operación pública de grandes segmentos de la economía -y, no menos importante, la movilización del trabajo, preferentemente con la ayuda de las organizaciones laborales y de algún elemento de asistencia pública sistemática-. Un subproducto de la influencia de este modelo de guerra -y la idea de Lenin de la planificación fue específicamente inspirada por la economía de guerra alemana- fue intensificar la tendencia socialista a favor de la acción estatal centralizada. Cuando tanto los bolcheviques como los socialdemócratas pensaron el socialismo pensaron casi exclusivamente en el conflicto entre la planificación estatal y las prioridades del mercado.

Si la idea comunista del socialismo fue determinada por el imperativo de los países atrasados de tener un crecimiento económico tan rápido como fuera posible, sin importar el costo, las políticas social demócratas iban a estar dominadas por otra situación histórica especial, la llamada gran depresión de entre guerras, la crisis del capitalismo, o para ser más precisos, por el desempleo masivo. Por supuesto, estas políticas fueron influidas por otras consideraciones. Además de la experiencia de las economías de guerra, se dieron por sentadas las políticas de la democracia electoral, porque fueron las únicas que les habían permitido convertirse en movimientos de masas; y más aún, algunas veces habían sido los arquitectos mismos de la democracia, que ganaron a través de prolongadas agitaciones y huelgas generales en Suecia, Bélgica y Austria. Por curioso que parezca, aunque la socialdemocracia recibió con entusiasmo lo que vino a ser llamado el "Estado de bienestar" después de 1945, ella no lo originó ni el Estado de bienestar había jugado mayor papel en su pensamiento. En Inglaterra había sido elaborado principalmente por los liberales, en Francia por los social católicos, en Alemania por burócratas socialmente conscientes. La influencia socialista (o, para el caso, comunista occidental) en su desarrollo vino primeramente por la vía del gobierno local, el cual a menudo controlaron las autoridades del ala izquierda incluso bajo gobiernos nacionales antiizquierda. De aquí la importancia de la vivienda pública que los congresos socialistas encabezaron, como en Viena y en Londres. Y también debemos decir que la experiencia no-socialista les suministró modelos de organización económica socialista (como también fue el caso de los bolcheviques).

La misma palabra trust fue usada en la Unión Soviética para los organismos que coordinaban todas las fábricas productoras de bienes similares. Ello indica la inspiración: la empresa monopólica capitalista. Y no hay duda de que en Inglaterra el modelo para las nacionalizaciones laboristas después de 1945 no fue el ministerio gubernamental, el cual había sido sencillamente utilizado por el capitalismo victoriano para cualesquiera asuntos económicos secundarios que requirieran ser públicamente puestos en marcha -claramente los servicios postales- sino una corporación pública y en algún sentido autónoma. No obstante, el desempleo masivo era la clave de la política socialdemócrata de la postguerra, como lo fue para la política del capitalismo keynesiano y del New Deal que se mezcló con ella: su imperativo político clave fue el "pleno empleo".

Es un hecho que esta política fue brillantemente exitosa, si no desde el punto de vista socialista si desde el punto de vista de restablecer la dinámica de un capitalismo reformado en su seguridad social y basado en el consumo masivo. Tan exitoso que el pleno empleo trajo sus propias dificultades en los años setenta y ochenta, por razones que aquí no vienen al caso. Y cuando eso pasó, el consenso en una reforma del capitalismo y en la socialdemocracia se rompió. El neoliberalismo del libre mercado y la crítica del Estado de bienestar ganaron terreno, aunque sólo triunfaron en uno o dos tristes países, notablemente en los EU de Reagan y en la Inglaterra de Thatcher. Ciertamente, no triunfó completamente. Demostró que incluso bajo los extremistas es políticamente imposible liquidar, o por lo menos reducir significativamente el gasto en seguridad social. Por otra parte, los socialdemócratas se encontraron a disgusto con un conjunto de políticas que indudablemente no funcionaron tan bien como lo habían hecho en los años dorados de 1945 a 1973. Y no tuvieron que echar mano de nada, excepto Keynes y la nacionalización. La experiencia de Mitterrand a principios de los ochenta fue amarga pero concluyente.

Así que tanto los comunistas como los socialdemócratas se encontraron en los años setenta y ochenta con que simplemente no podían seguir bordeando la costa con las políticas que ellos más o menos habían improvisado o adaptado después de la Primera Guerra, sin haber dado nunca antes ningún pensamiento real sobre ellas. La historia les

había otorgado una impresionante temporada de éxito, o al menos de relativo o aparente éxito por un tiempo. Ahora ese éxito se había esfumado. Por primera vez los socialistas tenían que examinar el socialismo.

¿Qué es lo que nos ha enseñado la segunda mitad del siglo XX, el período más revolucionario en la historia humana? En 1950 la gente que vivía de la agricultura era una mayoría de la población incluso en algunos de los países más industriales de hoy: Japón, Italia, España. Hoy es una minoría, algunas veces una minoría muy pequeña, casi en toda Europa, en el mundo islámico occidental y en el hemisferio occidental. Una era de cambios tan dramáticos y sin precedentes en la sociedad inevitablemente debía conducir a los socialistas a tener otro parecer sobre sus suposiciones y expectativas. Y es claro que varias de ellas ya no pueden sostenerse.

Primero, está claro que el capitalismo ha producido una abundancia de bienes y servicios más allá de las expectativas de nuestros padres; y que la mayoría de la gente común y corriente de Occidente goza de un estándar de vida muy superior a lo imaginable hace 50 años. Y gracias al Estado de bienestar, los pobres tienen más abrigo contra los vientos de la adversidad. El argumento de que el socialismo es necesario para abolir el hambre y la miseria ya no convence. Incluso el argumento, que sonó tan convincente en mi juventud, de que sólo el socialismo podría terminar con el desempleo masivo ya no persuade. El Occidente ha vivido una generación de pleno empleo bajo el capitalismo, y aunque estamos una vez más en una era de desempleo masivo en Europa, de hecho no se siente tan intolerable como lo fue en los años treinta ni hace que mucha gente crea que sólo puede ser eliminado por un sistema económico totalmente diferente. En pocas palabras, el argumento material del socialismo se ha debilitado.

Segundo, mucho de lo que alguna vez fue visto como típico de una economía socialista ha sido, desde los años treinta, cooptado y asimilado por sistemas no-socialistas, notablemente la economía planificada y las industrias y servicios de propiedad estatal o pública. Esto puede sorprender, porque todo el discurso de los últimos 10 años o más ha versado sobre el triunfo del libre mercado, sobre el desmantelamiento del Estado y la victoria ideológica del neoliberalismo económico, pero el hecho de que los ideólogos de Thatcher y sus colegas estuvieran tan convencidos de que era necesario retrasar las manecillas del reloj, en realidad demuestra cuán lejos habían sido adelantadas en la mayoría de los Estados capitalistas después de la guerra. El Banco Mundial calculó que entre 1980 y 1987, en todo el mundo hubo poco más de 400 privatizaciones, la mitad de ellas en cinco países: Brasil, la Inglaterra de Thatcher, Chile, Italia y España. Si sumamos todas las privatizaciones en las tres grandes economías, los EU, Japón y Alemania, dan un gran total de 14 casos. En pocas palabras, las economías capitalistas que emergieron de la Segunda Guerra Mundial y presidieron el arranque del mayor crecimiento económico en la historia no fueron economías puras de mercado, sino economías mixtas con sectores públicos muy substanciales y con una planificación pública considerable. Eso no las hizo economías socialistas, pero hizo considerablemente difícil decir exactamente qué eran las economías socialistas y cómo es que diferían estructuralmente de las no-socialistas.

Supongamos, por ejemplo, que observamos dos países vecinos, uno de los cuales proclama ser socialista y el otro no, llamados Hungría y Austria en los años setenta (es decir, antes de la crisis del Este). Ambos, dicho sea de paso, eran extremadamente exitosos para los estándares de sus sistemas. En la Austria capitalista, por razones históricas, todos los grandes bancos fueron nacionalizados junto con virtualmente toda la industria pesada y la producción energética, así como gran parte de la ingeniería eléctrica y electrónica y de los armamentos: en pocas palabras, los que suelen ser llamados "altos mandos" de la economía. En la Hungría socialista, como sabemos, la economía había

sido substancialmente liberalizada con un considerable campo de acción para la (pequeña) empresa no-estatal. ¿Dónde exactamente, en estos dos casos, debería trazarse la línea divisoria entre los sistemas capitalista y socialista? En una palabra, el criterio estructural del socialismo se ha debilitado.

Excepto -y éste es mi tercer punto- en las economías tipo soviético 100% planificadas centralmente por el Estado. Pero desde los años sesenta se volvió cada vez más claro, y no menos para sus gobiernos, que este tipo de economía socialista trabajaba malamente y estaba tropezando con problemas crecientes: y esto porque carecía de cualquier criterio de racionalidad económica, es decir de costos comparativos, para no mencionar alguna forma por la cual los consumidores pudieran indicar lo que querían. En pocas palabras, le faltó el elemento mercado. Todos los intentos para reformar estos sistemas apuntaron a la introducción de este elemento. Así, mientras las economías capitalistas desde la guerra introdujeron elementos que habían sido vistos como característicamente socialistas antes de la guerra, los socialistas trataron de introducir elementos vistos como característicamente capitalistas. El Occidente fue más exitoso en esto que el Este, pero las distinciones tajantes entre los sistemas se estaban volviendo borrosas.

Sin embargo, una cosa no ha cambiado. Es de veras más obvia que nunca. Este es mi cuarto punto. El mercado como una guía de la eficiencia y efectividad económica es una cosa. El mercado como el único mecanismo para la asignación de recursos en una economía, en el sentido en que lo ven los fanáticos del reaganismo y del thatcherismo o del Instituto de Asuntos Económicos y otros think-tanks ultracapitalistas, es muy otro. El mercado produce desigualdad tan naturalmente como los combustibles fósiles producen contaminación del aire. Y, como Adam Smith apuntó hace mucho tiempo, hay algunas cosas -esencialmente los bienes públicos- que no producen en absoluto, porque nadie puede hacer dinero con ellos, o no tanto dinero como podría hacer por otras vías. Ningún sistema nacional de transporte moderno y ningún sistema de transporte de una gran ciudad puede ser adecuadamente financiado por la empresa buscadora-de-ganancias, aun si termina sin perder dinero. En las "economías sociales de mercado" (para usar la frase alemana) o en las economías de Occidente influidas por el keynesianismo y la social democracia, estas tendencias son hasta cierto grado mantenidas a raya por la política y administración pública. Pero podemos ver qué pasa cuando, en los EU de Reagan o en la Inglaterra de Thatcher, se supone que la construcción de viviendas va a ser dejada enteramente al mercado. Las casas son construidas sólo para aquellos que pueden costearlas, y hoy el número de personas que no tienen en absoluto un techo sobre sus cabezas en Nueva York es de 70,000. Más aún, en tales condiciones los ricos se vuelven mucho más ricos, y la distancia entre ellos y los pobres se amplía constantemente. Esto también ha sucedido visiblemente tanto en Inglaterra como en EU. En los países ricos y desarrollados la gente se consuela a sí misma con la opinión de que aquellos que son arrojados por el caño de la sociedad son, después de todo, sólo una minoría de cuando más un tercio de la población. E incluso tienen TV y realmente no se mueren de hambre. A dos tercios les va muy bien. La terrible palabra underclass ha salido a la superficie en los ochenta para describir a las víctimas del mercado. Ellas viven bajo los pisos de la sociedad respetable, y tenemos que mirar por debajo del piso para verlos, a menos que salgan a la superficie como en Nueva York, donde resulta imposible no ver los ejércitos de los sin casa hurgando en los botes de basura, o no percibir el aroma característico de la mayor y más espléndida ciudad del globo, el olor a orina descompuesta de aquellos que no tienen dónde vivir excepto la calle.

Podrá decirse que todo esto no es un argumento para el socialismo sino para una economía mixta humanizada, variando desde la social de mercado (que es capitalismo con un poco de ingrediente social cristiano) hasta los estados socialdemócratas como los escandinavos y Austria, que son capitalismo con algo más de ingrediente socialista. No

diré que no. Estoy de acuerdo con John Kenneth Galbraith en que "en un sentido muy real, tanto en el Este como en el Oeste nuestra tarea es la misma: buscar y encontrar el sistema que combine lo mejor de la acción motivada por el mercado con lo mejor de la acción motivada socialmente". Y también estoy de acuerdo con él en que la decisión de cuándo una industria o servicio particular ha de ser suministrado por una empresa pública o una privada no es necesariamente una cuestión de principio básico. En el presente, por ejemplo, hay una demanda seria entre grandes corporaciones americanas de algo parecido al Servicio Nacional de Salud Británico, simplemente porque el sistema privado de seguro médico allá se ha vuelto increíblemente burocratizado y alocadamente caro. Pero en algunos otros países europeos, por ejemplo Francia, el seguro de salud patrocinado por el gobierno parece trabajar bastante bien. La cuestión crucial no consiste en tecnicismos, sino en cuándo un país acepta la obligación de suministrar adecuada atención sanitaria y médica a todos sus ciudadanos y garantiza que éstos tengan acceso a ella.

Pero nunca olvidemos que, mientras los malos resultados del mercado pueden ser y han sido controlados hasta cierto grado -más y más exitosamente en países como Austria y los escandinavos, donde partidos laboristas y socialdemocráticos han estado en el gobierno- no obstante hay al menos tres consecuencias del desarrollo del mundo capitalista que han escapado de control. Estas nos ayudarán a definir la agenda socialista del siglo XXI.

La primera es la ecología. La humanidad ha alcanzado ya el punto donde puede realmente destruir la biósfera -la habitación de las plantas, animales y seres humanos del globo- o en alguna medida la modifica para mal por vías imprevisibles y dramáticas. El "efecto invernadero" es algo con lo que todos tenemos que aprender a convivir. Pero esto es el efecto de un irrestricto crecimiento económico a una velocidad acelerada. Ciertamente, la teoría socialista también fue usada para favorecerlo, y la práctica socialista, especialmente en Europa oriental, creó contaminación masiva. Pero el capitalismo está comprometido por su naturaleza con el crecimiento ilimitado, mientras que el socialismo no lo está. Y de ahora en adelante el crecimiento debe ser controlado de alguna forma. El "desarrollo sostenido" no puede funcionar a través del mercado sino que debe hacerlo en su contra. No puede funcionar por libre elección del consumidor sino por planeación, y, donde fuera necesario, en contra de la libre elección. En este justo momento la Comunidad Económica Europea ha decidido hacer parar por una semana de cada mes a todos los pescadores que van al Mar del Norte, pues de otra forma se quedará sin peces.

La segunda es la forma espantosa en que se está abriendo la distancia entre los habitantes de los países ricos y desarrollados y los de los países pobres, a pesar de uno o dos "países de reciente desarrollo" y de un puñado de estados billonarios de la OPEP. El "mundo desarrollado", que representaba un tercio de la humanidad en 1900 hoy representa entre un 15 y un 20% -casi lo mismo que en 1750. Y mientras que en 1900 la población del mundo desarrollado tenía aproximadamente tres veces el PNB per cápita del resto de la humanidad, en 1950 tenía tanto como cinco veces, en 1970 siete veces y -de acuerdo con la Unctad- a mediados de los ochenta tenía tanto como 12.5 veces. Y para los diez países más ricos del mundo, su PNB per cápita es 58 veces el de los diez más pobres. No hay ningún "efecto de derrama hacia abajo" conforme el mundo se hace más rico. Por el contrario, sin una acción sistemática esta situación explosiva se hará más explosiva.

La tercera es que subordinando la humanidad a la economía, el capitalismo socava y descompone las relaciones entre los seres humanos que constituyen sociedades y crea un vacío moral, en el cual nada cuenta excepto lo que el individuo quiere, aquí y ahora. En lo más alto, los hombres sacrifican ciudades enteras a la rentabilidad, como en la

película Roger and Me, la que muestra lo que sucedió al pueblo de Flint cuando la General Motors cerró su planta. En lo más bajo, unos adolescentes matan a otros por sus chamarras de borrega o pants de moda, como sucede todos los días en Nueva York. Como vemos, los seres humanos no encajan en el capitalismo. El capitalismo necesita un incremento sin fin en la productividad. A diferencia de las máquinas y sus productos, cada vez más eficientes y baratos, los seres humanos permanecen obstinadamente humanos. Mejor se prescindir de ellos y se les reemplaza por robots como en la industria automovilística. Donde no pueden ser reemplazados por máquinas, como en los hospitales y en los servicios sociales en general, aún así tienen que ser echados a la calle, porque, a diferencia de las máquinas, sus salarios aumentan como los de los demás y, como nos lo han hecho saber los economistas de negocios, esos salarios no deben aumentar más rápido que la productividad. Todo sería más simple si pudiéramos pasárnosla sin ellos. Y la economía puede pasársela sin ellos en un grado extraordinario, pero ellos no desaparecen. Ellos están ahí todavía. Pero ¿qué les pasa?

Déjeme dar un ejemplo de lo que les pasa: la industria americana de motores. Había una vez [2] en que ofreció empleos. Trabajar en la línea de ensamble de las plantas Willow Run o River Rouge de Henry Ford no era muy agradable pero estaba bien pagado y ofrecía infinidad de empleos a los negros y a los blancos pobres del Sur. No tenían oficio ni educación, muy a menudo quizás no eran demasiado inteligentes, pero estaban dispuestos a trabajar y la labor en la línea de ensamble les dio la oportunidad de educar decentemente una familia, con algo de amor propio y un poco de dignidad, como ciudadanos y miembros de la United Autoworkers Union. Hoy la industria automotriz no los necesita más. La única corporación que hoy ofrece al negro pobre de EU un trabajo de ese tipo que se respete es el ejército, razón por la cual un tercio de las tropas en el Golfo eran negros. ¿Y qué pasó con las comunidades que dejó colgando y exprimidas por la decisión de que su trabajo ya no era necesario? Tuvieron que volverse ghettos amargos y anárquicos, acechados por el miedo, las drogas y las armas, donde hombres y mujeres viven de la beneficencia o del crimen.

Los socialistas están para recordarle al mundo que la gente y no la producción es lo primero. Que la gente no debe ser sacrificada. No algunos tipos especiales de gente, los listos, los fuertes, los ambiciosos, los bonitos, los que un día pueden hacer grandes cosas, ni siquiera los que sienten que sus intereses personales no están siendo tomados en cuenta en esta sociedad, sino todos ellos. Especialmente quienes son la gente sencilla, no muy interesante, "los que están ahí justo para completar el número", tal como solía decir la madre de uno de mis amigos. Como un personaje dice en la línea más insistente de *Death of a Salesman*, de Arthur Miller, que trata justo sobre esa persona anodina y más bien inútil: "Attention must be paid. Attention must be paid to such a man" [Presten atención. Presten atención a tal hombre]. El socialismo es por y para ellos.

El futuro del socialismo descansa en el hecho de que su necesidad sigue siendo tan grande como siempre, aun cuando su argumentación ya no sea la misma en varios aspectos. Descansa en el hecho de que el capitalismo todavía genera contradicciones y problemas que no puede resolver, y genera lo mismo desigualdad (la que puede ser mitigada mediante reformas moderadas) que inhumanidad (la que no puede serlo). Si el desdichado y merecido colapso de los sistemas socialistas de tipo soviético no hubiera llenado los titulares durante 1989 y 1990, se habría dado menos apasionamiento comercial en tomo a cuán maravillosamente le están saliendo las cosas al capitalismo por estos días. No es así. Está volviendo al mundo del hambre y de la guerra. Y aun cuando no está creando una ruina visible como en parte de Latinoamérica y Africa, todavía no ha caído todo lo que tiene que caer. Como J. K. Galbraith lo citó cuando la Europa oriental todavía era nominalmente socialista: "Es un hecho desagradable pero plenamente

establecido que nadie que busque una vida mejor se cambiaría de Berlín Este al Bronx del Sur."

Los problemas del mundo no pueden ser resueltos por el libre mercado. Desde mi punto de vista tampoco pueden ser resueltos ni por la socialdemocracia -o al menos por el tipo de social democracia como la de los suecos y los austriacos, que todavía viven de acuerdo con su nombre- ni por la "economía social de mercado", suerte de empresa moralizada y socialmente consciente que, si me permiten arriesgar una predicción, la Iglesia católica favorecerá en la próxima encíclica papal de este año. Por si no lo recuerdan, el Santo Padre no ha olvidado que 1991 es el centenario de la primera encíclica social de la Iglesia, la Rerum Novarum. Estas cosas son mejores que el reaganismo y el thatcherismo, y, en el caso de la socialdemocracia, mucho mejores, y probablemente sean en la práctica los mejores caballos a apostar para el jugador socialista por el momento. Esto quiere decir que son el mejor tipo de gobierno disponible en el presente. Pero los problemas de un planeta que hoy puede hacerse inhabitable por el vertical crecimiento exponencial en la producción y la contaminación, para no mencionar la capacidad tecnológica de destrucción que la guerra del Golfo ha demostrado; los problemas de un mundo dividido en una abrumadora mayoría de pueblos hambrientos y una minoría de Estados extraordinariamente ricos no pueden ser resueltos de esta forma. Tarde o temprano se requerirá de una acción sistemática y planificada por los Estados e internacionalmente, y un ataque a las fortalezas centrales de la economía de mercado de consumo. [3] Se requerirá no sólo de una mejor sociedad que en el pasado, sino, como los socialistas lo sostuvimos siempre, una clase diferente de sociedad. Una sociedad que no sólo sea capaz de salvar a la humanidad de un sistema productivo que ha escapado de su control, sino una en la cual la gente pueda vivir vidas dignas de seres humanos: no sólo en bienestar, sino de común acuerdo y en dignidad.

Ese es el por qué el socialismo todavía tiene una agenda 150 años después del manifiesto de Marx y Engels. Ese es el por qué todavía está en la agenda.

CITAS:

[*] (1991) Publicado por primera vez en Marxism Today, abril. De Eric Hobsbawm se dice en nota al pie del artículo: "es un historiador y autor de Age Of Empire". Investigador en Cambridge y autor de Las revoluciones burguesas y de muchos otros libros y artículos sobre la historia del capitalismo. E. Hobsbawm es ya un clásico en el tema. Traducción de Javier Villanueva.

[1] make sense of (dar sentido a) en el original.

[2] once upon a time en el original.

[3] consumer market economy en el original.